

VASCOS FRENTE AL INVIERNO

Cuando se barrunta su llegada, muchos animales buscan cobijo bajo tierra, otros emprenden largas migraciones; los pastores descienden de los pastos de altura con sus rebaños y hasta los ejércitos repliegan sus fuerzas ante el ataque del General Invierno. Solo los alpinistas, escaladores y esquiadores más audaces se atreven a enfrentarse a sus armas de crudeza, frío y soledad. Algunos de ellos han sido y son vascos.



Avanzando entre bloques de hielo en el invierno del Broad Peak en 2003. Foto: J. BERZANTINI



Arribea Irujo
(Donosti, 1960)

Montañero y cronista de montaña, ha escrito miles de artículos y más de cien libros, entre los que destaca su trilogía *Historia testamental del monte visco vasco*. Actualmente es miembro de la Fundación ENWVA para la creación del Museo del Montañero Vasco.



Familias tolosarras en las campos de Uitz, en los inicios del esquí en Euzkial Herria - FOTO: ARCHIVO SOCIEDAD DE CIENCIAS NAVARRAS. FOTÓGRAFO DE ANAUTE

EL DESCUBRIMIENTO DEL ESQUÍ

Para encontrar los primeros testimonios de deportistas vascos sobre un fondo invernal, tenemos que retroceder hasta el 5 de marzo de 1908 y situarnos en el pueblo navarro de Lekunberri. Allí, un grupo de tolosarras aparece en una foto calzando tablas de esquí.

La clave de este incipiente descubrimiento del entonces desconocido deporte del esquí estaba, dos años antes, en la llegada a la villa guipuzcoana de un grupo de empresarios noruegos para instalar una fábrica de clavos. Con las primeras nevadas de 1908, los escandinavos sacaron sus esquís para patinar por las campos cercanas ante el asombro de los vecinos. Poco tiempo hizo falta para que algunos de ellos se interesaran por aquel arte de deslizarse sobre la nieve.

Por aquellos años, también los pioneros vizcainos empezaron a salir del Bocho al encuentro de la derares nevadas en zonas cer-

canas como Espinosa de los Monteros. En estas modestas pendientes se celebrarían el 7 de febrero de 1915 los primeros campeonatos de Bizkaia de esquí y de trineos.

Aunque el descubrimiento del esquí alpino en nuestra sociedad fue exclusivo de

familias acomodadas, el esquí de fondo, por sus menores exigencias económicas, tuvo una mayor implantación popular. En los bosques de Aralar, en los años treinta del siglo pasado, se celebraron ya las primeras travesías populares, como la Liza-

Grupo de esquiadoras en la travesía Uzarusti-Baribar en 1936 - FOTO: FOTOTEKA KU TWA



musti-Baraibar. Pero el concepto del esquí fuera de pistas, concebido como un medio de penetración en la alta montaña invernal, tardaría todavía bastantes años en implantarse en Euskal Herria.

ENTRE CUERDAS, LONAS Y PIELES DE FOCA

Tras los oscuros años de la guerra civil, si bien en la mayoría de los clubes el tiempo entre noviembre y marzo era un espacio vacío de salidas colectivas, algunos montañeros seguían sintiendo la tentativa atracción de salir al descubrimiento de un mundo tan hostil y, al mismo tiempo, tan sugestivo como la montaña invernal.

Como una anécdota puede recordarse ahora el ascenso que los guipuzcoanos Juan Laredo y Jesús Ayestarán realizaron en 1954 a la cumbre del Ausa Gaztelu atando unas cuerdas a las tablas para evitar su deslizamiento.

Dos años más tarde, a mediados de marzo de 1956, va a registrarse un hecho relevante en nuestra historia montañera invernal. Dos jóvenes vizcaínos parten de Espinarna avanzando con una lentitud desesperante hundiéndose en la nieve profunda. Todavía no conocen la ventaja de unas tablas de esquí. Se llaman Ángel Landa y Pedro Udaondo y constituyen una cordada que está asombrando a todos por la audacia de sus escaladas.

Tras un precario vivac en la Vueltona, a la noche siguiente duermen en el viejo refugio de Vega de Urriellu. En cuanto amanece, se acercan al espaldón norte del Naranjo de Bulnes para comprobar, como se temían, que la pared está tapizada de hielo.

—¿Qué te parece? —inquire Landa.

—Que si las grietas están así no pasamos —responde Udaondo.

Pero pasan. Y cuatro horas después se abrazan en la cumbre. Es el 8 de marzo de 1956 y acaban de completar la primera ascensión invernal al Picu Urriellu.

Como si la historia quisiera condensar en un espacio breve unas secuencias suspendidas en el tiempo, otros dos vizcaínos, tan solo cuatro días después, José Luis Brochado y José Mari Régil, completaban la segunda escalada invernal al Naranjo,



Udaondo y Landa en la cumbre del Urriellu en 1956, tras completar la primera invernal. FOTOGRAFÍA: FOTÓGRAFO UDALORRA

esta vez por la directa de la cara sur. Ambos habían llegado hasta la base utilizando tablas de esquí. Era ya un gran avance, pero para poder superar las pendientes tuvieron que adaptarse rústicamente unas lonas bajo las tablas. El uso de pieles de foca no llegaría hasta dos años después, cuando el propio José Mari Régil y su hermano Andrés las utilizaron por primera vez en una larga travesía por Picos.

Con la mejora de los conocimientos y del equipo, el esquí de montaña pronto se convirtió en una herramienta fundamental que ampliaría los horizontes del alpinismo inver-

nal. En este aprendizaje, Gipuzkoa tendría en el médico madrileño Mariano Arrazola el maestro más activo. Cuando llegó a la capital guipuzcoana a mediados del pasado siglo, su experiencia estaba a años luz de la existente en aquel momento en el País Vasco. Su influencia se dejó sentir pronto entre los escasos adelantados del esquí fuera de pistas. Uno de ellos era el gran fondista Juan Antonio Laredo. En los años siguientes, ambos compartirían travesías invernales cada vez más exigentes, como la alta ruta alpina entre Chamonix y Val d'Isère en 1962. Ya familiarizado con las nieves alpinas, Laredo, junto a



Landay y Udaondo, una cordada para la historia. FOTO: ERREKA. FOTO: OP. UDAONDO

otro pionero, el vizcaíno Juan Antonio Régill, completó en 1964, en el Valais, ascensiones invernales con esquís a cumbres superiores a cuatro mil metros, como el Ailalinhorn y Strahlhorn.

AÑO NUEVO EN EL TOZAL

Al mismo tiempo, en las cumbres pirenaicas se hacían cada vez más frecuentes las incursiones invernales de un grupo de escaladores que eran los mismos que estaban abordando en verano las rutas más comprometidas de la cordillera.

El día de Nochevieja de 1965, J. I. Lorente, A. Rosen, J. I. Lafuente y J. Villar vivaqueaban al pie del Tozal de Mallo. ¡Feliz 1966! se desearon mutuamente cuando, a la mañana siguiente, comenzaron a escalar la vía directa trazada por Bellefon y Sarthou. Hasta entonces, nadie la había superado en invierno. Al final de una dura jornada de escalada, el invierno pirenaico les enseñaría sus dientes de hielo en una dura noche de vivac. "Hacía un frío terrible. No teníamos ropa apropiada; estábamos expuestos a quedarnos congelados", recordaba Rosen. Ocho horas más de escalada les fueron necesarias al día siguiente para completar la que un periodista calificaría ampulosamente como "la mejor invernal de todos los tiempos en España".

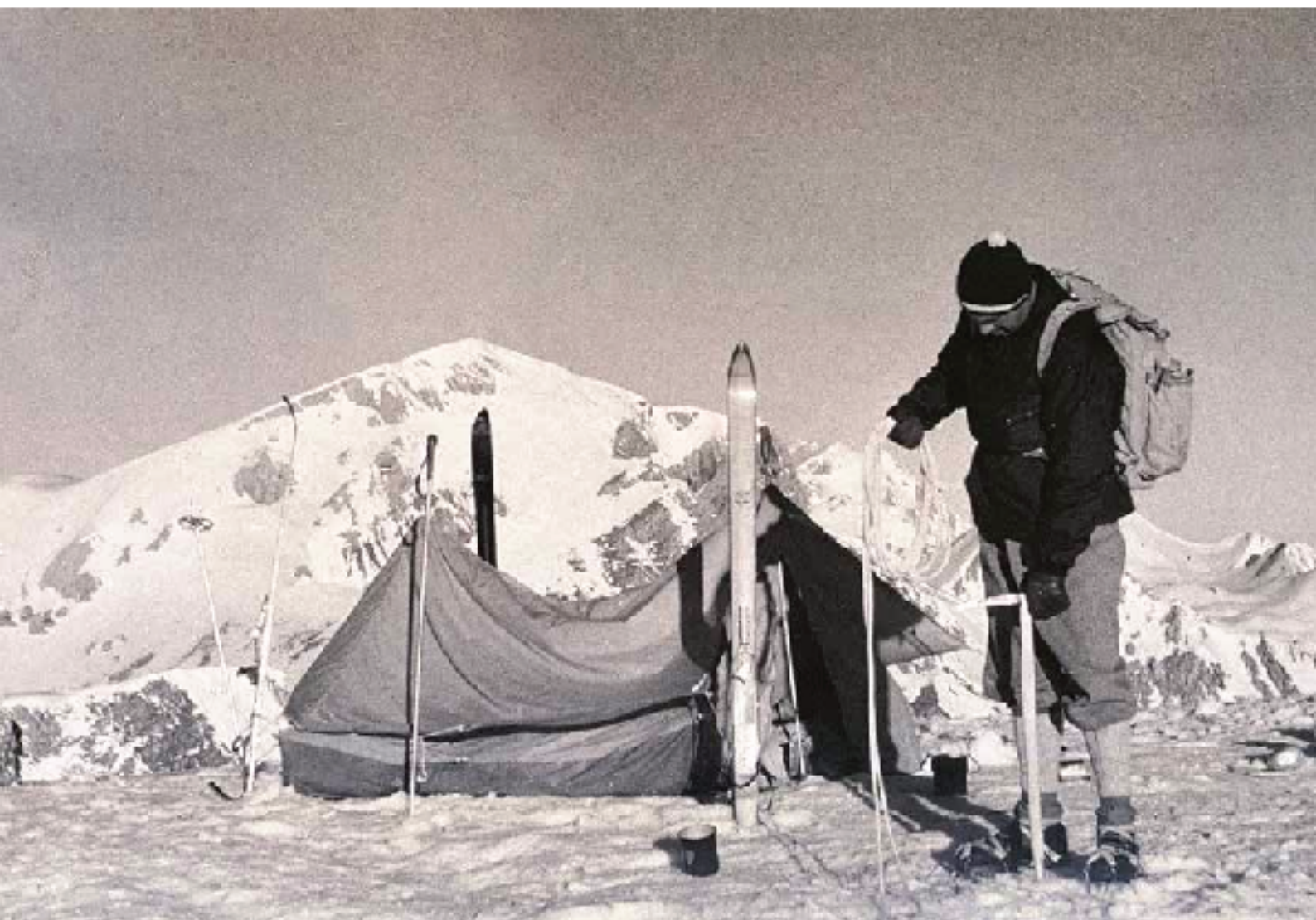
En Navarra también empezaban a enfrentarse directamente al invierno. El 30 de

enero de 1966, siguiendo la luz de los frontales, un grupo de escaladores navarros partía antes de amanecer hacia el collado de Linza. "Si el entorno de Ansabère siempre resulta desafiante, ahora, en invierno, todo cubierto de hielo y de monstruosas comisas, resulta aterrador", describía Marcos Fellú, desde la cumbre de Petrecherna. Apostado en aquella atalaya, podría seguir el costoso avance de su hermano Pedro y de Federico Vega por las paredes heladas de la vía Carnes-Sarthou hacia la aguja norte.

"Si el entorno de Ansabère siempre resulta desafiante, ahora, en invierno, resulta aterrador"

Reflejada en la imagen la crudeza del alpinismo invernal. FOTO: S. URRUTIA





Mariano Arrazola, pionero del alpinismo invernal en Euzkai Herria. FOTO: I. LAPEIRO

Ráfagas de niebla ocultaban intermitentemente a los escaladores de la vista de quienes seguían con ansiedad su dificultosa progresión. Finalmente, la cordada navarra conseguía poner pie en el afilado pináculo de la aguja grande. El invierno en Ansbère ya tenía un primer capítulo para su historia. Y, por primera vez, no estaba escrito en francés.

TORMENTA EN EL GRAND CAPUCIN

Ante la sucesión de escaladas que se fueron registrando, el invierno pirenaico empezaba a desvelar a los vascos sus secretos. Pero los Alpes eran otra dimensión. "Donde terminan los Pirineos, empiezan los Alpes", presumían los guías alpinos. Y en un es-

fuerzo por salvar ese gran escalón, en la década de los sesenta del siglo pasado, en los veranos de Chamonix empezó a hacerse presente un grupo de nuestros alpinistas, cuyos nombres se repetirán una y otra vez a lo largo de la historia montañera vasca. Acometían rutas de prestigio cada vez más difíciles en el macizo de Mont Blanc, pero desconocían la fachada invernal de estas montañas. Tenían que descubrirla.

En la tarde del 8 de marzo de 1966, Ángel Rosen, Ángel Landa y Julio Villar llegan a la solitaria cabaña de Leschaux. Están frente a la imponente muralla de las Grandes Jorasses. "Un escalofrío nos recorre el espinazo. La montaña está rebozada en hielo y nieve y apenas aflora la roca. Visto el panorama, ninguno de nosotros cree ya en nuestras posibilida-

Durovivac en las laderas de Anayet. FOTO: I. LAPEIRO





Rosen y Villar escapan tras la tormenta en la 'Vallée Blanche' - FOTO: ROSEN

des en el espolón central de las Jorasses", reflexionaba Rosen.

A la mañana siguiente, se acercan al pie del espolón Cruz. Nada que hacer. Los tres jóvenes, cargados brutalmente con todo su equipo, se retiran cabizbajos al valle. Otra vez será.

Y la nueva ocasión se les presentará unos días después. El anuncio de una breve tregua de buen tiempo les sitúa al pie del Grand Capucin de Tacul. Pero la bonanza no llega y sí, en cambio, una violenta borrasca que les envuelve entre nieve y ventiscas. Cuando el General

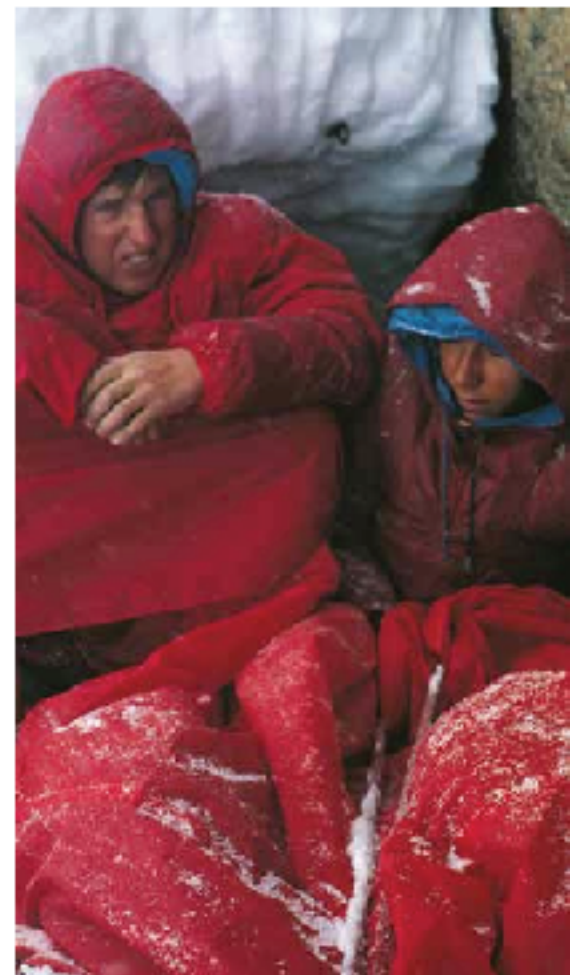
in vierno ataca, la única alternativa posible es la retirada. La situación se torna crítica. Es una huida al límite: "Rosen ha desaparecido de nuestra vista en medio de un silencio mineral: un largo rápel, el extraplomo y las nubes grises se lo han tragado", recuerda Villar.



La noche en el glaciar va a ser muy dura. "...sin colchoneta, recostados en la nieve, tenemos el cuerpo aterido. Creo que se me ha helado el alma"

Sin apenas tiempo para recuperarse, el 17 de marzo, incansables, Landa y Rosen salen de nuevo rumbo a la montaña. Parten de la estación superior del teleférico de l'Aiguille de Midi al anochecer. A las diez de la noche se ponen a escalar. Una hora adecuada para iniciar la ascensión del couloir Gervasutti. Cuando amanece están ya en la salida de la vía y camino del Mont Blanc de Tacul. Lo han conseguido. Vuelven a Chamonix. Los tres se preparan para regresar a casa. El equinoccio está ya cercano y el invierno se está acabando en los Alpes...

Rosen y Villar soportando la tormenta al pie del Grand Capucine en 1966 - foto: Rosen



La noche en el glaciar va a ser muy dura: "Nos metimos en un agujero. Estábamos al lado de una sima negra y, seguramente, muy profunda. Sin colchoneta, recostados en la nieve, tenemos el cuerpo aterido. Creo que se me ha helado el alma. La noche es eterna...".

Al amanecer, siguen las furias del vendaval. Solo les queda huir como puedan hacia la Vallée Blanche. Deslizándose sobre los esquís, van sorteando grietas. Las nubes se están levantando fugazmente. A lo lejos ven una sombra: es el refugio de Requin... Están salvados.



Patxi Berrio y Ramón Ortiz estuvieron a punto de culminar la primera escalada invernal a la pared oeste del Picu Urriellu - foto: A. Cáceres

EL DRAMA DE LA OESTE DEL NARANJO

La pared oeste del Picu Urriellu se había convertido en un mito desde que los aragoneses Rabadá y Navarro la escalaran por primera vez en 1962. Desde entonces, nadie lo había intentado en época invernal.

"29 de enero de 1969. Hemos llegado hoy con buena nieve y tiempo nublado para permoclar". La nota estaba escrita en el libro del viejo refugio de Vega de Urriello. A la mañana siguiente, se había añadido otro párrafo: "Hemos salido a las 8.30 de la mañana. Somos Ramón Ortiz de Tolosa y Patxi Berrio de San Sebastián. Nos dirigimos a la oeste del Naranjo. Que Dios nos ayude". Sobre el libro abierto estaban las llaves del coche de Patxi.

Desde entonces había pasado una semana y no había señales de los dos escaladores. Para el 7 de febrero Arenas de Cabrales se había convertido en una vorágine de escaladores - muchos de ellos vascos-, guardias civiles y periodistas. Estaba empezando lo

que la prensa definió como "el rescate más difícil de la historia del alpinismo español".

Cuando al día siguiente algunos de los participantes en el rescate llegan a la cumbre del Naranjo y descubren los cuerpos

El accidente del Urriellu de 1969 tuvo una repercusión mediática sin precedentes



de los dos escaladores colgando inertes en la pared oeste, pueden ya hacer una reconstrucción de lo ocurrido: Berrio y Ortiz habían prácticamente concluido la escalada cuando un maldito taco de madera no aguantó la caída del primero, arrastrando a su compañero. La cuerda que les unía se trabó en una roca, quedando ambos suspendidos en el vacío.

La tragedia de Berrio y Ortiz produjo una conmoción en todo Euskal Herria. Pero, cuando se calmaron esas tormentas pasajeras, el alpinismo volvió a recuperar el valor de su discreción. Así, en 1973, Ángel Landa y Felipe Uriarte anotaban sin alta voces la primera invernal a la cara este del Picu. En los años siguientes, se sucederían en Picos numerosas primeras invernales con protagonistas vascos. A destacar, por ejemplo, la realizada en 1974, la histórica Canal del Pájaro Negro, en Peñasanta, suscrita por Bonales, Álvarez y Udaondo, o la que completaron en 1987 en la misma pared oeste del Naranjo J.A. Oiarra y A. Fernández, siguiendo la exigente ruta del Pilar del Cantábrico.

PIRINEOS Y ALPES. CAMBIAN LOS TIEMPOS

En Pirineos, las nuevas generaciones empezaban también a imponer sus estilos. Los avances técnicos, con la sofisticación de los diseños en piolets y crampones,

Avance duro y técnico en la norte del
Kusum Kanguru en 1999 - foto: A. VIAN





Jon Baloki en la cumbre del Cho Oyu, en condiciones invernales en 2002. Foto: A. Murrutia

permitirían abordar escaladas invernales hasta entonces impensables y cuya cita pomenorizada resulta por su asiduidad casi inabordable.

Las paredes y corredores de Ordesa y Peña Teler se convirtieron en un polo irresistible de atracción para la práctica de estas técnicas entre los jóvenes alpinistas. A destacar, por ejemplo, la vía *Júlia* en el Tozal de Ripera, completada en 2021, tras varios intentos, por Alberto Fernández, Iker Madoz y Mikel Zabalza.

Pero fue en el muro de Gavarnie, con sus gigantescos tres murallones, en el que los pirineístas vascos de alto nivel han dejado su huella con vías, por citar algunas, como *Oh, lá, lá, Larrión*, trazada en 1999 por David Larrión y J. Carrascal, la *Cresta de los Druidas*, suscrita por Mikel Zabalza y Fermín Izko, en 2001, *Memento mori*, una fantástica ruta abierta en 2011 por Albert Salvadó, Martín Elías y Unai Mendia, o *Bizi bízitza*, creada en 2015, en el Pico de la Cascada oriental, por Asier Luke y Ekaitz

Maiz. En estas presencias vascas se repiten, entre otros, nombres como los de Iñigo Andola, Joseba Larrañaga, Iker Madoz y, sobre todo, el gran veterano Mikel Zabalza, omnipresente en aperturas invernales en todos los frentes pirenaicos.

Pero, como ocurriera a las generaciones anteriores, la atracción de los Alpes seguiría siendo permanente e irresistible entre jóvenes y veteranos, en unos tiempos en los que los desplazamientos, el equipo y los pronósticos meteorológicos suponían un gran avance con respecto a tiempos pasados. Un ejemplo de este periodo es la escalada invernal que en 1981 completan en el couloir Lagarde, en les Droites, siguiendo la ruta original, Javier Alonso Aldama, Javo, J.C. Tamayo y K. de Pablo, junto a A. Trabado y Rosa Fernández.

Kike de Pablo mantendría una presencia frecuente en escaladas invernales en los Alpes, muchas de ellas junto a otro de los nombres de referencia en nuestra historia alpina como es el de José Luis Zuñiga,

Zulu. Ambos, entre otras muchas audacias, realizarían en los Alpes ascensiones invernales de gran mérito, como el espaldón Tournier, en les Droites (1984), con A. Posada, la vía Cornuau / Davaille, en les Droites (1995), y la vía Rebuffat/Terray en la Aiguille des Pélerins (1995). Y hay que destacar en estos apuntes la escalada realizada por Zulu a la impactante *Beyond good and evil*, en la Aiguille des Pélerins, junto a Simón Elías, en 1996.

Otros grandes veteranos de su misma generación como M. Zabalza y J.C. Tamayo, también se fajaron con el invierno de los Alpes, afrontando grandes vías clásicas como el Grand Capucin este y el Pilar central de Teneu, ambas completadas en 2006.

Y cerramos este resumen alpino haciendo referencia al reciente logro de Iker Madoz y del riojano Martín Elías al completar el pasado invierno la legendaria integral de Peuterey al Mont Blanc, tras cinco días de escalada.

INVIERNOS EN EL HIMALAYA

Pero, además de la dificultad técnica, había en el reto invernal un "plus ultra" que todavía estaba inédito: el de la altitud. Y los vascos empezaron también a mirar hacia el Himalaya, desde que en 1980 los polacos demostraron en el Everest que era posible afrontar el frío invernal a más de ocho mil metros.

Hasta 1997 no apareció una expedición vasca por Nepal con intención de escalar una cumbre de ocho mil metros en invierno. El grupo lo componían los hermanos Iñurrategi y Josu Bereziartua. El objetivo que habían escogido para su bautismo invernal era la cumbre del Manaslu.

Estaban absolutamente solos frente a la montaña. Y solos instalaron los campamentos hasta que se decidieron a tirar hacia arriba. Pasaron el Collado Norte. Llegaron a 7500 metros. El frío les envolvía con una intensidad nunca hasta entonces percibida. La perspectiva de sufrir nuevas congelaciones les inclinó a abandonar. Un dedo vale más que una cumbre.

Tras dos vivacs colgados de la pared, en la tercera jornada alcanzan las cornisas de la arista cimera del Kusum Kanguru... No hay fotos ni abrazos. Solo los 1400 metros de un telón de hielo...

No solo de ochomiles vive el himalayista. En febrero de 1999, los guipuzcoanos Carlos Vieira y Mikel Sáez de Urabain, junto al madrileño Alfonso Vizán, se situaban al pie de la gigantesca cara norte del Kusum Kanguru, una montaña de 6367 metros en la región nepalesa de Khumbu. Tras dos vivacs colgados de la pared sin una mala repisa donde descansar, en la tercera jornada alcanzan las cornisas de la arista cimera. Llevaban 41 horas de escalada. No hay fotos ni abrazos. Solo los 1400 metros de un telón de hielo que ahora, el eterno absurdo del alpinismo, tendrían que empezar a destrepar.

"El Cho Oyu fue una nevera", era el titular de prensa que definía el primer ascenso vasco en condiciones invernales a una cumbre

de ocho mil metros. Era el 4 de diciembre de 2002, no era todavía invierno en el calendario pero en la montaña sí. Los protagonistas de la noticia eran Alberto Iñurrategi y Jon Beloki y ambos habían partido desde los 7000 metros del único campamento que montaron. "La noche ha sido heladora: en el interior de la tienda: el termómetro marcaba 20° C bajo cero". El Cho Oyu, tan frecuentado en los periodos intermonzónicos, era ahora un desierto helado. Nadie había para ayudar a abrir hueco, ni para poner una cuerda fija. Helados llegaron a la cumbre. Tras contemplar el Everest y el Lhotse en la lejanía, solo había una alternativa: salir corriendo hacia abajo.

Unas semanas más tarde, otro grupo vasco, formado por J. Oiarzabal, J. Vallejo, J. Bereziartua y M. Zabalza partía también hacia las montañas de Asia. Su destino estaba en el Broad Peak, en las montañas de Karakorum, de las que se decía eran todavía más gélidas que las del Himalaya durante el invierno. Nada era fácil en esas fechas: a falta de porteadores, el transporte de las cargas tuvo que hacerse en helicóptero. Al principio todo parecía ir bien: Campo I a 5800 metros, Campo II a 6400. Y ahí se acabó todo. Los vientos les metieron en las tiendas durante dos semanas y cuando pudieron asomar la cabeza al exterior, la montaña estaba impracticable.

Mikel Zabalza en el Capucin en el invierno de 2007. FOTO: M. ZABALZA



"Allí estábamos por fin, ambos de rodillas, mirando hacia el valle del Diamir"

Tendría que llegar el invierno de 2016 para que otra cima del Karakorum, el Nanga Parbat, permitiera un ascenso invernal a un vasco. El vizcaíno Alex Txikon, junto al italiano Simone Moro y al pakistaní Ali Sadpara, consiguió el 26 de febrero pisar, por primera vez, la cima de la Montaña desnuda en pleno invierno. No era una casualidad. Alex había ya intentado previamente este ascenso y era un especialista en expediciones en esta ingrata época del año, con escaladas previas a otras grandes cumbres como el Laila Peak. "Allí y yo nos abrazamos, aunque sin grandes emociones. Hacía demasiado frío, eran unas condiciones terroríficas, muy muy duras. Allí estábamos por fin, ambos de rodillas, mirando hacia el valle del Diamir".

En años posteriores, Alex ascenderá al Pumori e intentará sin fortuna superar repetidamente el Everest y el K2. Las altitudes extremas y la crudeza del clima podrían más que el empeño del lemoarra. Y es que el General Invierno no se deja derrotar fácilmente.